

Consideraciones sobre la crisis

Contra todas las falacias que tratan de imponerse mediante el poder mediático, una vez convertida la información en propaganda, la realidad, más prosaica, menos imaginativa, traza, cabezona, su curso dejando las cosas en su sitio, en este caso, la crisis en la base de un sistema económico y social y no en sus extralimitaciones coyunturales o en la desmesurada codicia de unos financieros. La realidad sitúa pues la crisis financiera como mero reflejo de una crisis más profunda, la de la civilización capitalista.

Abí está pues, ahora ante nosotros, la crisis de un sistema inhumano, para estimularnos a pasar página, o, lo que es lo mismo, a intervenir en un proceso social que ponga límite y fin a la normal barbarie capitalista.

Este libro recoge el dossier que sobre la actual crisis, llamada financiera, ha elaborado el colectivo Etcétera, y el análisis de Paul Mattick sobre la teoría de la crisis y el modo de producción capitalista, escrito en 1978.



Algunas consideraciones para analizar la actual crisis llamada financiera

1. ¿Qué quieren de nosotros? es quizás una buena pregunta cuando todos los media acuerdan aturdirnos y abrumarnos con insistencia sobre un peligro inminente, sobre una realidad envolvente. En el caso actual, también es una buena pregunta a hacernos dado el ruido mediático sobre la crisis que venimos soportando

Antes de entrar a valorar el alcance de tal crisis, vemos, de momento, las ventajas que el capital saca con este choque informativo-propagandístico (la información ha pasado a ser directamente propaganda) que expande la sensación de crisis. Esta primera sensación recurrente sirve ya para reducir plantillas con menor resistencia obrera; para dejar de pedir aumentos salariales; para aceptar con mayor resignación nuevos recortes en los salarios, más precariedad en las relaciones laborales, en la cesta de la compra; etc. En definitiva, una mayor aceptación (resignación) del incremento de la explotación y de la represión. En efecto, la represión selectiva se acentúa una vez conseguida esta aceptación vía propaganda. Aceptación que nos lleva a contemplar resignadamente la gran estafa por la que los diversos Estados del Capital reparten entre esta minoría capitalista, una gran parte del monto del dinero extraído a la mayoría mediante los impuestos.

Los media, al privilegiar el lado espectacular y excepcional de la noticia, al insistir sobre el mal funcionamiento de los gestores del capital financiero, al cargar sobre la corrupción y los corruptos especuladores, dan por justo el mismo sistema que esto produce y sólo se condena su desvío corrupto y especulativo, y se propone como esfuerzo común la vuelta al capital productivo basado en el mérito, en el trabajo bien hecho, en la ética de un capitalismo humano. Pero no es la excepción sino la regla, no es su anormal extravagancia sino su normal comportamiento lo que produce épocas de endurecimiento de la sujeción y la explotación, lo que generaliza la miseria. Es la manera de producir las mercancías mediante la fuerza de trabajo tratada como otra mercancía, que puede comprarse según su valor de cambio y utilizarse según su valor de uso, donde está el secreto a voces de la acumulación capitalista. No hace falta, después de 150 años de escrito *El Capital*, volver a lo que deberían de ser banalidades de base: el fetichismo de la mercancía, la búsqueda del máximo beneficio, el valor de cambio de las mercancías, único valor que contempla el capital.

Aumentar la resignación y el consenso y dar por insuperable el sistema capitalista en su buen funcionamiento, e involucrarnos en ello, son pues dos objetivos (conseguidos momentáneamente) de la propaganda. En efecto, la propaganda no consiste tanto en difundir unas ideas y hacernos comulgar con ellas, sino en promover una praxis determinada, una ortopraxis, como explica Jacques Ellul en su libro *Propagandes*. Este logro propagandístico funciona bien para el orden capitalista hasta que la crisis se hace real, cuando aumenta la inactividad y el consiguiente desempleo y la consiguiente disminución de poder adquisitivo y por tanto disminución del consumo. El capital no puede entonces realizar el valor, no puede maximizar la tasa de beneficio.

Esta situación es insostenible para los capitalistas y suele derivar en conflictos y guerras. Entre los currantes, se abre en cambio una oportunidad para pensar el presente y la

realidad futura en este sistema capitalista, para ver si nos interesa continuar por este camino de la producción de mercancías, del trabajo y del dinero, dinero que siempre es poco, siempre falta porque ésta es precisamente su esencia.

No se trata de reelaborar un discurso maximalista y tremendista sobre la crisis final del capitalismo, ni de una llamada al militantisimo, del que sabemos su error vanguardista. Simplemente aprovechar el momento crítico, o así apercibido, para alargar la discusión sobre la situación a la que nos lleva el modo de vida capitalista; continuar la crítica de este modo de producción; profundizar en la crítica al progreso y al desarrollo técnico, empalmando con las raíces del primer movimiento obrero luddita y sindicalista revolucionario. Sumarse a las múltiples acciones teóricas y prácticas que se llevan a cabo en este sentido anticapitalista: decrecimiento, resistencia a la lógica sindical y empresarial, resistencia a la pauperización, ocupaciones de espacios y edificios, etc. Dar a conocer lo que los media callan: formas de lucha fuera del corsé sindical, fuera de la razón económica. No sumarse a las falacias de los que claman por una vuelta a la economía real, al capitalismo productivo, reforzando el papel del Estado, sino abundar en la crítica de un sistema en crisis, causa de la crisis social de hoy, insistiendo en que no es el mal funcionamiento de la Economía lo que produce la crisis sino la Economía misma.

2. También antes de entrar a valorar la situación actual, describiendo lo que está sucediendo, llámese o no crisis, necesitamos precisar que esta palabra recubre varias realidades según desde donde se mire: crisis energética, crisis ecológica, crisis financiera, crisis sistémica, crisis de un modelo de civilización... Para el capital, en cambio, crisis siempre es crisis de acumulación de beneficios: no poder realizar la plusvalía obtenida en el proceso productivo. Algo que, para Marx, es inherente al modo de producción capitalista y reviene de forma cíclica.

A lo largo de la historia, el capital se ha enfrentado a diferentes periodos de crisis, generados por su propia dinámica, que le han obligado a implantar nuevas formas de producción, así como de control y gestión social.

A la crisis de valorización de mediados del siglo XIX, el capital hace frente con una nueva organización del trabajo (OCT), con nuevas fuentes de energía (electricidad, petróleo...) y con el desarrollo de la ciencia. Se busca la máxima producción, el máximo rendimiento de la mano de obra. Crecen las industrias, se extiende la cadena de montaje, se produce la aglomeración obrera en la fábrica. Es el tiempo del obrero-masa y de la centralidad de la fábrica; lo que conocemos como taylorismo y fordismo.

La crisis de los años 30 del siglo XX fue una crisis de sobreproducción. La capacidad productiva superaba con creces la demanda. Este desequilibrio se corrigió primero con la reconstrucción tras la destrucción provocada por la Segunda Guerra mundial y las posteriores de Corea y Vietnam, y después mediante el impulso de una producción para el consumo público inducida por el propio Estado, con políticas para incentivar la demanda (aumento del gasto público y del empleo público), lo que denominamos keynesianismo, New Deal. Se impone la sociedad de consumo y de desarrollo del sector terciario: los servicios.

La crisis de los años 70 fue una crisis de rentabilidad. La organización productiva era demasiado rígida en las sociedades modernas y el capital necesitaba una mayor flexibilidad en el uso de la mano obra y en los mercados. Se impuso una nueva organización del trabajo, el "Just in Time", que llevó consigo la deslocalización productiva y la dispersión y fragmentación obrera. Lo que conocemos como fordismo disperso o toyotismo.

En los años 80 y 90, a pesar de la gran transformación experimentada por el mundo del trabajo y del mercado, la rentabilidad sigue siendo débil y los capitales tienden a alejarse de la esfera productiva para concentrarse en

productos financieros especulativos; también se desplazan del sector terciario (servicios) hacia el sector financiero.

La necesidad de aceleración del proceso de rentabilidad del capital impone la extensión del crédito como único modo de obtener liquidez para las operaciones mercantiles. Empresarios y trabajadores se endeudan con la esperanza de que el crecimiento económico sea constante y les permita hacer frente a sus compromisos así como obtener los ansiados beneficios. Es el gran momento de la banca y de sus empresas financieras que no paran de inventar y consentir operaciones y productos especulativos que se extienden por toda la trama económica mundial.

Así llegamos a la situación actual, a una crisis que se define como financiera y que se basa en la constatación de que el capital financiero en circulación está lejos de tener el valor que representa. A pesar de los esfuerzos para seguir manteniendo la ficción, esta realidad estalla por los puntos más débiles del sistema, por los impagos. Las necesidades de liquidez provocan el cierre del crédito y así se paraliza todo. Sin el crédito –anticipo del beneficio y que por tanto necesita de un futuro– no funciona la producción. Además, el crédito que ha devenido un objeto de especulación como cualquier otra mercancía y muy útil para superar la barrera al crecimiento que tenía el capital especulativo, se ha convertido en deuda.

A todo ello, como medida de urgencia, los estados nacionales inyectan liquidez, a los grupos financieros (siempre insuficiente), a los propios grupos causantes de la deriva y que se han venido beneficiando hasta ahora de un espacio sin ningún control para sus operaciones de alta rentabilidad.

La congelación del crédito retrae la inversión, lo cual deriva en una disminución de la actividad económica, en la caída de la producción, con el consiguiente aumento masivo del desempleo, y la intensificación de la competencia entre capitales. Se entra en un claro período de recesión.

Todo esto aquí en España tiene su concreción en la explosión de la burbuja inmobiliaria, la principal actividad económica de estos últimos años, el parón de la construcción y las industrias relacionadas. Lo que conduce a un gran aumento del paro, la consiguiente disminución del consumo y el cierre de empresas y negocios. Además la pérdida de capacidad adquisitiva entre los trabajadores afectará al turismo masivo, la otra única industria importante en el estado español, perturbada por los propios cambios que se producen en el sector. Desaparece el espejismo de la España moderna, altamente competitiva y en línea con el desarrollo de los principales países europeos.

La crisis en España tiene su razón en la conjunción de la crisis financiera mundial con el desplome de la industria de la construcción, que ha sido el motor de la economía en este país durante los últimos diez años. El sector del ladrillo tenía a principios de 2008 un peso del 17,9 % en el PIB y daba empleo al 13 % de la población activa, o el 34 % del PIB si se tiene en cuenta su influencia directa en otros sectores. La especulación inmobiliaria ha sido la causa del hundimiento del sector que es concomitante, desde mediados de 2007, con la crisis hipotecaria estadounidense que ha afectado en España al tener más dificultades para conseguir liquidez, lo que se traduce en menos préstamos a empresas y hogares.

En España además, ha pesado la inflación, superior a la de Europa, pues se ha dado también un fuerte incremento de las materias primas que a su vez ha representado un aumento significativo de los precios, principalmente los de la alimentación.

Para nosotros la crisis financiera no está en el origen de la crisis económica sino que traduce la crisis de un sistema basado en la producción de mercancías (o servicios) de las que sólo interesa su valor de cambio, siendo la fuerza de trabajo también una mercancía. Es un sistema basado en la explotación de esta fuerza de trabajo, así como de la

naturaleza. Restablecer la tasa de beneficio ha pasado siempre por aumentar la explotación del trabajo, la expropiación de la naturaleza y el desarrollo de los mercados. Para ello se han ido imponiendo diferentes modelos de gestión del territorio y de las personas. El control de los mercados, las materias primas y la fuerza de trabajo ha sido estratégico para el desarrollo del capital. El mundo debía irse incorporando a la máquina capitalista ordenadamente para poder garantizar el crecimiento continuo de los beneficios. Las guerras y la miserabilización de grandes zonas han servido para ello.

También han servido las políticas sociales que benefician a los trabajadores excedentes del primer mundo manteniéndoles como consumidores y modelo referencial del bienestar de las sociedades capitalistas.

Los capitalistas lo prueban todo en su carrera por la obtención del máximo beneficio, hacen alianzas o compiten, crean o destruyen riqueza, instalan o cierran empresas. Las estrategias pueden ser variadas pero el fin siempre es el mismo: hacer rentables las operaciones, ya sean productivas, de servicios, mercantiles o especulativas. Sin embargo esta carrera tiene un gran obstáculo que salvar: la contradicción que representa que las fuerzas productivas (los trabajadores) sean, a la vez, los destinatarios de lo producido (los consumidores), en un mundo cada vez más interrelacionado. Así, por esta incapacidad de consumo de la fuerza de trabajo que ve depreciarse continuamente su salario (su valor), se ha llegado a un momento caracterizado por la sobreproducción y la sobreacumulación de capital. Se ha llegado al único sitio al que se podía llegar.

Además, una de las características de la moderna economía capitalista es el complejo entramado económico financiero mundial que hace que los diferentes lobbies nacionales e internacionales compitan entre ellos a la vez que comparten intereses. La caída de unos puede representar un descalabro económico para los demás a la vez que una

oportunidad ventajosa en el mercado. La difícil gestión de todo ello también complica, cada vez más, la implantación de reformas al propio modelo capitalista.

3. La situación actual viene marcada por la recesión en los primeros países desarrollados y por el aumento acelerado del desempleo. Desempleo que se prevé en aumento ya que las políticas anticrisis que llevan a cabo los Estados va hacia las ayudas al capital y no hacia el aumento de la masa salarial. Ante ello, las primeras reacciones que vemos por parte de los asalariados es la demanda y exigencia de la continuidad de los puestos de trabajo, y la creación de nuevos; incluso al precio de admitir el endurecimiento de sus condiciones laborales, como son la disminución de su salario y el aumento de la productividad.

Parece existir una “comprensión” hacia las condiciones más difíciles en que se encuentran los administradores del trabajo; así, si al principio, hace unos meses, se hablaba de presuntos responsables de la llamada crisis a los que debería pedírseles responsabilidades, en estos momentos y cada vez más, se habla, desde las instancias gubernamentales y mediáticas, de formar un frente común, arrastrando a toda la ciudadanía a un problema que es de “todos”. Así es como se invocaba a la patria frente a las guerras de imperio para implicar a todos los ciudadanos y pedirles solidaridad y sacrificio.

Esta situación de desempleo masivo es un buen caldo de cultivo para un discurso populista y xenófobo, y en un momento de inmigración galopante (la población extranjera en España ha pasado de representar el 0,52 % de la población total, en 1981, al 11,3 % en el año 2008, y en los últimos cinco años se ha duplicado, pasando de tres millones a casi seis millones de extranjeros censados). Frente a este problema de “todos” es fácil manipular la demanda de que los puestos de trabajo sean para los originarios de cada nación. El canto a la belleza del mestizaje queda para el exotismo,

evidenciando el folklorismo que tenía su encanto. Posiblemente asistiremos a escenas, más o menos edulcoradas, de formas de enaltecimiento del patriotismo.

El trabajo además de ser el principio de la plusvalía y por lo tanto de la acumulación de beneficios tiene también el plusvalor simbólico de ser una de las causas y consecuencia de la dominación. El trabajo es aún una forma de socialización y culturalización en esta sociedad capitalista, y por ello la desaparición de los puestos de trabajo pone en peligro el mismo sistema. Es difícil imaginar a la sociedad disponiendo de dinero pero afrontando el día a día sin trabajo, pues éste ordena la vida, las diferencias, bloquea los deseos y conduce a la sumisión.

También el sindicalismo encuentra en esta situación más espacio para su discurso, mejor terreno para continuar su tarea de sometimiento de los trabajadores a la lógica empresarial de mayor competitividad. Los sindicatos posiblemente asumirán –ganar no les faltan–, un nuevo protagonismo; habrá trabajadores que confíen en su interlocución para resistir pérdidas de empleo, y por parte del Estado y mundo empresarial serán diluyentes y parachoques de conflictividad. La crisis del 29 sirvió también para el desarrollo y fortalecimiento del sindicalismo. En las grandes huelgas de 1932-1937 contra los recortes salariales había también la reivindicación del reconocimiento de los sindicatos, aunque después sabotearan las iniciativas salidas de las bases.

Para aquellos que pensaban que el Estado ya no sería necesario por cuanto el mismo capital, con sus grandes empresas de beneficios lo supliría gestionando la sociedad, hoy se pone de manifiesto su importancia, no como un ente salvador y árbitro que estaría por encima de la economía como nos lo cuenta la propaganda ideológica, sino como lo que en realidad es una parte muy importante, garante y al servicio del sistema capitalista. Así, según vocea esta propaganda a la sociedad, el sistema financiero y el sistema

productivo pueden errar y excederse en sus pretensiones y finalidades, en tanto que el Estado vela por el bien global de la sociedad. Y para aquellos que antes reclamaban la no intervención, ahora se convierte en su tabla de salvación y garantía de continuidad, sin ruptura ni cambios de naturaleza.

También cabe esperar en esta situación de alto índice de desempleo, acciones de los parados, más allá de la reivindicación del puesto de trabajo, tal como lo hemos visto en otras situaciones parecidas. Así, con la crisis del 29, se desarrolló en EE.UU. toda una serie de acciones tendentes primero a sobrevivir en la situación de desempleo –centros autoorganizados de ayuda mutua, formas de trueque y de intercambio, saqueos masivos y organizados de supermercados– y después, la multiplicación de huelgas contra los recortes salariales que los patronos trataban de imponer, huelgas largas y muy duras, con ocupaciones de los centros de trabajo, que enfrentaban a los huelguistas a la policía, a las milicias patronales y a la guardia nacional. O, más reciente, las acciones que tuvieron lugar en Argentina por parte del movimiento de parados a partir de 1995: los Piqueteros, con su particular forma de lucha, no dentro del espacio fabril sino fuera del lugar de trabajo, impidiendo la circulación viaria. Y también con otras formas de lucha como el hacer funcionar los talleres ellos mismos o la producción orientada a la propia manutención y no a la venta. O más cercano a nosotros, las acciones desarrolladas por el incipiente movimiento de parados en Barcelona al final de los años 90, poniendo la gratuidad como divisa. Así, producir de otra manera (colectivizaciones), producir otras cosas (pensando en el valor de uso y no en el de cambio), la autoorganización, la autoayuda, son buenos ejemplos de una actividad posible, que en estos momentos más críticos toman mayor relieve.

Hablamos desde este denominado primer mundo, y dentro de éste, del más cercano que tenemos. Desgraciadamente, estos hechos sociales se extienden también, salvando algunas

o bastantes diferencias, a otras regiones: otra vez Argentina, China, India, etc.

La división del trabajo nos divide, ¿quizás como nunca? No lo sabemos, ni es lo más importante. Pero sí a unos niveles paranoicos como lo confirman de manera real y emblemática los muros físicos que la arquitectura del capital levanta: USA-México, Israel-Palestina, Melilla-Marruecos; en el mismo barrio suní de Azamiya en Bagdad; Pakistán ha empezado la construcción de un muro de defensa a lo largo de la frontera con Afganistán, etc. Y nos divide también al enfrentarnos entre los mismos trabajadores, en el rechazo al otro, al que recientemente se ha desplazado, por fuerza, para buscar trabajo y dinero, aquel que perteneciendo a nuestra misma clase, nos dicen los medios de propaganda que es un ajeno, un competidor y quizás finalmente un contrincante o enemigo a eliminar.

¿Llamarle a todo esto guerra? Quizás sea la palabra más acertada, aunque aquí entre nosotros (la mayoría de los habitantes de los ocho primeros países) suene fuerte, pero de otra forma debe sonar en Irak, Afganistán, India, México, en buena parte de África... en aquellos países donde el capitalismo se muestra con toda su virulencia haciendo tan profunda como insalvable la brecha que separa la minoría de los muy ricos con la mayoría de los muy pobres, con hambrunas que motivan las recientes revueltas del hambre, y las más de treinta guerras abiertas... y en tantos otros pueblos desposeídos.

4. La crisis hace más evidente la miseria de un sistema que nace marcado con la ambivalencia de desarrollar la riqueza y la miseria al mismo tiempo; un sistema que establece una correlación fatal entre la acumulación de capital y la acumulación de la miseria, de tal forma que la acumulación de riqueza en un polo es acumulación de pobreza, de sufrimiento, de ignorancia, de embrutecimiento, de degradación moral y de esclavitud en el polo opuesto, en el

lado de la clase que produce el capital mismo, capital que viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, de la cabeza hasta los pies... así se expresaban los críticos del capitalismo en sus inicios. La misma ambivalencia la encontramos respecto al trabajo: el capital vuelve el trabajo libre, liberándolo de sus antiguas trabas feudales y, al hacerlo, ata al obrero al puesto de trabajo y lo somete a la más férrea disciplina de la organización del trabajo, convertido en mercancía. Así pues, explotación y alienación han ido y van juntas con revolución capitalista y desarrollo de las fuerzas productivas.

Hoy, tal ambivalencia toca techo y estas fuerzas productivas muestran sólo su lado destructivo. La emergencia de lo nuclear, la destrucción sin retorno de la naturaleza, el beneficio como único objetivo de la civilización capitalista, la propaganda como único fin de la información, la miseria creciente en la población mundial... dibujan un estado de barbarie sin que aflore al mismo tiempo en el imaginario colectivo como fuerza social el socialismo. La misma penetración de la lógica capitalista hace que el socialismo, entendido como una sociedad no capitalista, nos parezca como no viable, y a la disyuntiva socialismo o barbarie opone la de capitalismo (ahora reformado) o barbarie.

Este capitalismo reformado, humanizado si cabe, (new deal, sociedad del bienestar...) se instauró (no como un regalo sino a través de un importante ciclo de luchas) en el centro capitalista durante los años 1950 y 1970. Reivindicar hoy una vuelta a aquella situación, que por otra parte aquí en España a penas conocimos, es utópico. Que el Estado intervenga en la regulación del mercado en la perspectiva neokeynesiana; que se refuerce la economía real, productiva; que los sindicatos luchen para mantener los puestos de trabajo; que todos nos esforcemos en salvar un sistema en crisis... ¿tiene sentido? ¿Vale la pena apoyarlo aunque sea críticamente? ¿No es este sistema capitalista, esté o no en crisis, el que pone en crisis la vida de todos? ¿No es esta

civilización capitalista la negación de lo que más de humano hay en todos nosotros?

¿Vale la pena sostener un sistema que deja morir de hambre a la mitad de su población; que arranca de sus tierras a sus pobladores en busca de una difícil supervivencia; que aglomera en megaciudades polucionadas y estresantes a la mayor parte de su gente; que traslada a la sequía, a la lluvia o a otras causas naturales el hambre u otras calamidades por él generadas; que destruye la naturaleza...; que enriquece a los ricos y empobrece a los pobres; donde una minoría decide sobre el destino vital de la humanidad, extendiendo con guerras de rapiña la muerte? Un sistema que diciendo combatir el terror, lo expande; que en nombre de la democracia, ejerce un control totalitario; que convierte la información en propaganda; que convierte la comunicación y la enseñanza en industria; que convierte la solidaridad en negocio (vía cajas de ahorro, fundaciones, ongs, etc.).

Pero, más allá del discurso ¿qué quiere decir no sostener este sistema? ¿Acaso podemos no sostenerlo? Somos conscientes de la versatilidad del capital y de su capacidad de integración de los diferentes modos de vida, pero siempre podemos intentar la extensión de otros modos de vida. Otro modo de vida que vemos por ejemplo entre los indígenas que discuten por su misma afirmación arcaica la esencia del capital: el afán de lucro, el valor de cambio, la destrucción de la naturaleza, la construcción de un Estado. Otro modo de vida que se intenta con prácticas críticas al desarrollo técnico y al crecimiento; en formas alternativas de intercambio de bienes y servicios sin la mediación del dinero; en reivindicaciones orientadas hacia la gratuidad o hacia una renta básica o un salario doméstico; en distintas formas de trueque, locales, autoorganizadas. Otro modo de vida que se intenta entre nosotros en ateneos, casas ocupadas y asociaciones libertarias; en grupos, gente, individuos que afirman sus ganas de vivir más allá de la supervivencia, que afirman que el sentido de la vida es la vida

misma, sin delegarla en otros o dejarla para el futuro. Otro modo de vida, otras relaciones sociales que emergen en todos los Continentes en tantas luchas contra la explotación y la dominación...

¿Qué sentido tiene, más allá de lo poético, esta afirmación genuina de la vida, ante el poder militar, técnico, económico y mediático que nos gobierna? ¿Cómo dejar de ser víctimas de un modo de vida para convertirnos en hacedores de otro modo de vida?

Viejas cuestiones (a las que hemos acudido a lo largo de nuestras discusiones en Etcétera), caminos recorridos (que muchas veces hemos criticado por lo que de alternativo al modo de producción y de vida sin más pretenden), a los que volvemos no tanto para quedarnos en estas prácticas como si fueran la alternativa al capitalismo sino como caminos en los que encontramos junto a tantos movimientos en contra de la actual forma de vida capitalista.

Cuestiones que sólo tienen respuesta en la calle, en la vida diaria, y no en la TV, es decir, no en el discurso oficial y mediático que nos transmiten tantos intelectuales, artistas, programadores, voceros todos ellos de una mentira anclada en la propaganda, y a partir de la cual vemos el mundo. Es en la calle (no en la TV) que aprendemos que las empresas no vienen a crear puestos de trabajo para nuestro bienestar sino a enriquecerse y, si no lo consiguen, se van; o que los bancos no están para dejarnos dinero sino para llevárselo: pedirles otra cosa es como pedirle peras al olmo. Es en la calle que aprendemos formas de resistir, que vemos y compartimos formas de crear: grupos de música, de poesía, de creación en general, más allá de lo que la TV dictamina como poesía, arte o creación. Es en la calle que se desarrolla otra vida que el poder mediático, económico y político, que el poder del Estado no logra silenciar.

Etcétera

Algunas sugerencias a propósito de la crisis

El hundimiento del sistema financiero mundial en el segundo semestre del 2008, después de que los primeros síntomas se hicieran patentes un año antes, ha desatado la proliferación de interpretaciones, previsiones, recetas y soluciones de tipo financiero de nula eficacia incluso a la hora de poner remedio al enorme desajuste del sistema económico. En realidad, como no puede ser de otro modo en el sistema capitalista, la crisis financiera es mero reflejo de una crisis estructural cuyo alcance sin precedentes en la historia apunta hacia el colapso del sistema capitalista como modelo social en general. Las medidas adoptadas por los gobiernos sólo han servido para evidenciar las limitaciones de las mismas o, dicho de otro modo, la ineficacia de las supuestas soluciones financieras para atajar los problemas estructurales que atañen al modo de acumulación de capital. De ahí que ni los discursos bienintencionados de esta especie de regeneracionismo “moral” del capitalismo que encarnan los progresistas al estilo de Barak Obama, ni la desfachatez con que los timadores de altos vuelos que se encuentran al frente de las instituciones financieras (bancos, aseguradoras, etc.) se embolsan los fondos generosamente aportados por los gobiernos, impiden la escalada del desempleo, el descenso de la actividad económica y la amenaza de depresión a escala mundial. La mayor parte de la sobreproducción discursiva

sobre la crisis tiene por finalidad precisamente desviar la atención de la naturaleza real de la crisis hacia sus aspectos fenoménicos y espectaculares, que sólo son una parte superficial de la realidad, ya que la crisis se materializa en términos sociales perentorios: producción y distribución de la riqueza producida, o sea, en la disyuntiva entre las necesidades de acumulación del capital y las necesidades de supervivencia de la sociedad. En la medida que éstas son funcionales a aquéllas, se dan las condiciones de expansión capitalista, de manera que las necesidades sociales quedan subsumidas en las necesidades del capital, como se ha dado en las décadas gloriosas de la sociedad de consumo posteriores a la segunda guerra mundial. El problema es cuando, como ahora, las necesidades del capital exigen un sacrificio de las necesidades sociales cuya magnitud repercute negativamente sobre la acumulación de capital. Así, la precondition de empobrecimiento generalizado comporta una caída del consumo que impide, a su vez, la continuación del proceso de acumulación de capital. Esta aparente paradoja es solo una manifestación más de la naturaleza contradictoria del proceso de acumulación de capital. Pero el cúmulo y el alcance de las contradicciones en la situación actual trascienden el nivel de la mera crisis económica para apuntar hacia la crisis generalizada del modelo social basado en la economía de mercado. Esa es la particularidad de la crisis en la que nos encontramos inmersos; que, por primera vez, se trata de una crisis mundial, que atraviesa a todos y cada uno de los países insertados en la cadena de reproducción de capital a escala mundial (la manida globalización) y a todas y cada una de las actividades de la vida social, en la medida que las condiciones materiales de vida de los individuos han sido fundamentalmente sometidas al proceso de valorización de capital, a través del mercado (vivir es consumir). De ahí que la crisis financiera sea mero trasunto de la crisis económica estructural y ésta, a su vez, trasunto de lo que podríamos denominar la crisis de la

civilización del capital. La manifestación de la crisis en la esfera económica como sobreproducción de mercancías que no tienen salida en el mercado comporta obviamente la sobreproducción de la mercancía fuerza de trabajo o, si se prefiere, de hombres y mujeres que no se realizan como mercancía ya que no tienen salida en el mercado (desempleo). Esa es la clave del problema real de la crisis capitalista: la desvalorización de los seres humanos en el marco general de la desvalorización del capital. ¿Qué hacer con esa masa de mercancías en forma de mujeres y hombres a quienes la propia sociedad (capitalista) que las genera niega la posibilidad de subsistencia? Todas las supuestas soluciones, desde la invención de hipotéticos nuevos sectores emergentes de actividad, hasta las políticas de corte keynesiano para el encuadramiento laboral de masas de población mediante aumento del gasto público, van encaminadas a dar salida a ese excedente de mercancía humana cuya gestión (y desvalorización/destrucción) es cada vez más problemática: ¿cómo conseguir unas condiciones favorables para el relanzamiento de la acumulación de capital sin socavar la paz social necesaria para la expansión capitalista?

A pesar de la explotación espectacular de la crisis, a medio camino entre la extorsión psicológica del miedo al hundimiento y la ocultación del alcance real del problema y del desconcierto de los gestores del capital, para no desmoralizar demasiado a las masas, de lo que no cabe duda es de que, por ahora, esto no ha hecho más que empezar.

Precisamente, la parálisis con que se enfrenta la situación por parte de quienes ya han comenzado a sufrir las consecuencias inmediatas del descalabro de la economía capitalista, denota un cierto grado de conciencia acerca de lo que ya se nos ha venido encima, ya sea por la vía de no querer reconocer la realidad, ya sea por la vía pragmática de cerrar filas con el capital en su eventual plan de salvación. Es la opción de algunas fracciones de la población asalariada, que están dispuestas a sacrificarse por intentar

desesperadamente conservar un puesto de trabajo sin futuro (SEAT en Barcelona). Por otra parte, las movilizaciones simbólicas de estos meses con el lema “la crisis que la paguen ellos”, más que revulsivo se revela como expresión misma de la parálisis. De la parálisis ideológica y mental de quienes, a pesar de todo, se resisten a reconocer la naturaleza capitalista del mundo en que vivimos y de la propia condición humana en la sociedad capitalista. Por eso la crisis sólo pueden pagarla quienes producen la riqueza social en la sociedad proletarizada. Y sólo pueden hacerlo de la única forma posible; mediante el aumento de la explotación directa de la fuerza de trabajo y la expropiación de los recursos materiales de subsistencia (desde los recursos naturales y públicos hasta los destinados a la asistencia, en general), agravando las condiciones de vida de las fracciones de la sociedad asalariada más dependientes y precarizadas dentro de la jerarquía de la reproducción social, transfiriendo los fondos de pensiones a las entidades financieras e hipotecando las generaciones futuras a través de la emisión de deuda pública, etc. Banqueros, profesionales de la política, aventureros de las finanzas, empresarios y explotadores de todo tipo, no son más que la actual clase burguesa parasitaria que simplemente se beneficia de la parte de riqueza que expropia al conjunto de la sociedad. Por eso, la demagogia oficial reclama el concurso de todos para hacer frente a la crisis, y por eso también se producen adhesiones y realineamientos de fracciones de la población proletarizada con los gestores del capital (directivos, empresarios, políticos, funcionarios sindicales, etc.) que buscan preservar sus intereses contra el resto de la sociedad empobrecida. Sin embargo, los márgenes de maniobra de esa nueva burguesía emergente tienen sus limitaciones; a saber, las que determinan la propia lógica de la acumulación de capital.

En este sentido, queremos llamar la atención sobre unos pocos textos que pueden ayudar a la comprensión de la crisis capitalista como fenómeno inherente a la propia naturaleza

de la relación social que es el capital (el régimen asalariado) y sus implicaciones actuales. Se trata de textos que, si bien participan de una misma perspectiva anticapitalista, se complementan o confrontan en ciertos aspectos. Así, en el nº 2 de Etcétera (junio 1984. www.sindominio.net/etcetera), monográfico en memoria de Paul Mattick, se exponen las líneas generales de la teoría de la crisis desde la perspectiva de la crítica de la economía política marxiana, lo que representa un referente conceptual básico en el intento de comprender las causas y manifestaciones de la crisis, así como los límites de las medidas propuestas desde las administraciones públicas.

Más cercano en el tiempo, la recopilación de ensayos de Loren Goldner (*Nous vivrons la Révolution*), realizada por Éditions Ni patrie ni frontières, donde aparecen una serie de aportaciones críticas referidas a la evolución del capitalismo en los últimos años (*La crise du dollar et nous, Une pause dans la crise ou l'amorce d'un nouveau boom économique?, Sur le capital fictif*, etc.), describen las causas que han conducido a la situación actual y su gestación a lo largo de la última década. Por otra parte, Paul Mattick Jr. a lo largo de sucesivas entregas publicadas en la revista neoyorquina *The Brooklyn Rail* (las dos primeras publicadas en *Échanges et Mouvement*), traza las líneas generales de los mecanismos financieros que llevaron a la crisis en los Estados Unidos y el análisis de las medidas adoptadas estableciendo, asimismo, que no se trata de una simple crisis financiera producto de la rapacidad o de la desregulación, sino una consecuencia de la dinámica a largo plazo del capitalismo, lo que ilustra con referencias a la historia norteamericana posterior a la Segunda guerra Mundial.

Por último, Karl Heinz Roth en un artículo (*Global crisis- Global proletarianisation- Counterperspectives*) propuesto a debate en el seno del grupo alemán *Wildcat* (www.wildcat-www.de), lleva a cabo una descripción de la evolución cíclica del capitalismo, estableciendo las diferencias y similitudes

de cada una de ellas a lo largo de los s. XIX y XX, para analizar las condiciones actuales de la explotación de la fuerza de trabajo y de la acumulación de capital. En cualquier caso, el texto comentado no se detiene ahí sino que, una vez constatada la imposibilidad de continuación del sistema capitalista, propone un programa de transición hacia el socialismo, basado en una estrategia de intervención práctica a partir de las condiciones sociales inmediatas y que se desmarca de una salida del capitalismo a través de un eventual estallido revolucionario espontáneo. A pesar de algunas imprecisiones conceptuales (como identificar crisis de sobreproducción con crisis de sobreacumulación), el autor tiene el mérito de poner sobre la mesa no sólo la (reiterada) cuestión de qué hacer, sino la de cómo salir del capitalismo en crisis. Si bien toda propuesta de intervención positiva en la realidad social comporta el riesgo de una cierta idealización de los medios y el peligro de reducir la problemática del cambio histórico a una cuestión técnica y organizativa, como tradicionalmente han hecho los programas políticos (ya sean reformistas o revolucionarios), en el caso que nos ocupa, la plataforma reivindicativa del eventual programa de transición es algo digno de ser discutido.

En cierto modo, todos los textos mencionados son complementarios a la hora de caracterizar las causas y la posible evolución de las condiciones de crisis en diferentes esferas de la actividad económica y, en un sentido más amplio, de la vida social. Son, en cualquier caso, contribuciones nutridas de abundantes sugerencias e indicaciones para abordar la situación social de crisis en la dimensión real de sus implicaciones, más allá del reduccionismo economicista; algo que intentaremos reflejar en posteriores salidas de Etcétera.

C. V.

Crisis del capital, crisis del trabajo

Este recurso a la crisis financiera elaborada por la misma banca es en realidad una crisis capitalista desencadenada por las contradicciones propias e inherentes a este sistema económico, esta crisis,¹ marcará el fin de la prosperidad de la post guerra (1945-75), los «treinta gloriosos», sucediéndole un profundo cambio de la política económica.

La «crisis financiera», oculta precisamente la suma de factores contradictorios inherentes al sistema económico capitalista, la periodicidad de la crisis de acumulación y valorización, y la consiguiente destrucción de fuerzas productivas. Factores de la «economía» dominante, del significado de lo «económico», necesidades de la economía a la que se debe someter la actividad de individuos y colectividades.

La crisis financiera es la metáfora bajo la que se pretende ocultar las contradicciones de esta economía capitalista: La necesidad de reducir los costes de producción (competencia capitalista) que empuja a un desarrollo técnico y a un aumento de la productividad general, constituirán un gigantesco aparato productivo que sin tener en cuenta las necesidades del mercado, empujará el sistema a la sobreproducción. Al mismo tiempo la necesidad de

¹ El 15 de agosto de 1971 Nixon anunció que EE.UU no atendería las obligaciones legales contraídas en el Tratado de Bretton Woods, suspendiendo la convertibilidad del dólar en oro.

augmentar la tasa de plusvalía incrementa la reducción de los salarios y reduce la capacidad de absorber la producción existente, dándose el caso que para desarrollar el sistema productivo, proporcionalmente, debe extenderse la miseria. La necesidad de disminuir el tiempo de trabajo necesario (aumento de la plusvalía relativa) conlleva un aumento del capital invertido por unidad de mano de obra utilizada, es decir un aumento del capital necesario implicado en su reproducción (aumento del capital constante) al mismo tiempo que se reduce la incorporación de fuerza de trabajo (disminución del capital variable) productora de plusvalía, en consecuencia cae la tasa de beneficio² empujando al capital fuera de la realización de la producción, lo que aboca al sistema necesariamente a la crisis.

Son estas contradicciones las que determinan la discontinuidad del proceso de valorización y de acumulación del capital. La decisión de continuar el proceso de inversión por parte de los capitalistas, depende de que el incremento de plusvalor obtenido compense la masa incrementada de capital invertido. El proceso de acumulación, que cada vez absorbe más capital adelantado (fijo) fruto del progreso técnico de la producción, se ve interrumpido cuando la masa de plusvalor de un capital resulta ser igual o menor a la del período anterior a su incremento. La expansión de las fuerzas productivas no puede realizarse sino a costa de desarrollar al mismo tiempo (sus contradicciones) la sobreacumulación de capital, cuando la expansión de la producción supera su rentabilidad, el proceso de acumulación se interrumpe, una masa de valor bajo la forma de dinero huye de la esfera de la producción y deja de producir plusvalor porque no se invierte en trabajo.³

² Relación entre las ganancias producidas y el capital total invertido.

³ H. Grossman («teoría del derrumbe»); E. Mandel, «La teoría de las crisis y las depresiones económicas», 1984; P. Mattick revista *Etcétera*, n° 2, junio 1984).

La sobreacumulación, entonces, desplaza una gran masa de capital hacia el sistema usurario, hacia el préstamo, convirtiéndolo en capital ficticio. Este capital puede convertirse en una poderosa palanca de la sobreacumulación, forzando al extremo el proceso de reproducción, la sobre-especulación prepara las condiciones para que se profundice la sobreproducción y la sobreacumulación realimentando las contradicciones que van a aparecer en la crisis.

A partir de los años 70, se pone de manifiesto un retroceso económico, el 1 % de los ingresos más altos de EUA que antes de la segunda guerra mundial, recibía el 16 % del ingreso total, disminuye hasta llegar a detentar un 8 % de la riqueza total de los Estados Unidos.⁴ A este retroceso le acompaña una caída ostensible de los principales indicadores económicos,⁵ la tasa negativa de crecimiento del consumo⁶ frena la expansión productiva convirtiendo la sobreproducción de finales de los sesenta, la reconstrucción de Alemania y de Japón, y el rápido crecimiento de economías en vías de desarrollo (Taiwán, Corea del Sur) añadió una enorme capacidad productiva e incrementó la competencia global, en un fenómeno crónico y persistente, la caída de la tasa de beneficios provoca una retracción continua de la tasa de inversión y del crecimiento del empleo.

En este periodo se diseñará el programa de reestructuración neoliberal (Tatcher's, Carter-Reagan) que se ha aplicado hasta el día de hoy. Este programa abandonaba las políticas económicas de inspiración keynesiana de la «Era Progresista» y abrazaba las recomendadas por la Escuela de Chicago de Milton

⁴ Th. Picketty y E. Saez, 2003. G. Duménil y D. Lévy, 2004.

⁵ La actual recesión en Estados Unidos se desata en unos momentos en que la tasa de ganancia no se había debilitado sustancialmente, después de la fuerte recuperación iniciada en el 2002.

⁶ El 5,1% en el período 1961-73, descendió al 3,1 % en 1974-79, al 2,7 % en 1980-89 y al 2,3 % en 1990-99.

Freidman, centradas en un conjunto de medidas económicas y políticas, fiscales y financieras (TLC's, Consenso de Washington I, II, III), de carácter ultra liberal.

Este programa consistirá fundamentalmente en la eliminación de las restricciones a los flujos y movimientos de capitales (eliminación de los acuerdos de Breton Woods, suspensión de la ley Glass-Steagall). Privatización de las empresas públicas y endurecimiento de las condiciones laborales: aumento de la productividad, estancamiento o reducción de salarios, flexibilización laboral, disminución de las prestaciones al desempleo y la jubilación, etc. La reducción de impuestos y la política fiscal que redistribuirá el ingreso de las clases pobres y medias hacia los ricos, la fanfarrona teoría del «derrame hacia abajo» gracias a la cual los ricos aumentarían la inversión y el crecimiento económico. Ahorrando costes de producción por medio de las deslocalizaciones, que agravaran el problema de sobreproducción ya que incrementan capacidad productiva que no puede ser absorbida, al reducir al mismo tiempo la capacidad de consumo de los trabajadores.⁷ El empuje al endeudamiento y a la financiarización, estimulado por la política monetaria, que puede crear beneficios pero no nuevo valor, serán finalmente, la expresión del estancamiento del capital productivo y de las dificultades de la producción de plusvalor.

Los beneficios extraídos por las finanzas reafirman el proceso de desvalorización del capital, apropiándose de una renta de monopolio, un impuesto sobre el resto de la sociedad, que facilitando una extracción del «excedente social» (reparto del capital excedente, trabajo futuro), permite un desplazamiento de los ingresos hacia arriba, concentrando aún más la riqueza: tan sólo el 1,5 % de los hogares (EUA) dependen de ingresos capitalistas de manera

⁷ Las tasas de beneficios de las corporaciones estadounidenses dejaron de crecer hacia 1997, se pasó de 7,15 en 1960-69 a 5,30 en 1980-90, a 2,29 en 1990-99 y a 1,32 en el 2000-2002.

significativa, considerando el 10 %, las capas superiores de los asalariados con ingresos más altos (directivos),⁸ el resto de los hogares de Estados Unidos, el 89,5 %, han perdido, desde 1970, 13 puntos del ingreso total del país a favor de los capitalistas y del grupo de sueldo muy alto, gracias a la ofensiva neoliberal.

Durante el período 1980/90, los capitalistas continuaron aumentando sus ganancias a través de la intensificación de la explotación de los trabajadores, pero la inversión de capital cayó a niveles históricos. Los salarios reales por hora trabajada para el 80 % de la población retrocedieron al nivel de 1979 (EUA), potenciando el aumento de excedentes, y sentando las bases para la siguiente crisis de acumulación.

La pérdida de dinamismo del sistema productivo, el estancamiento del mercado interior y la fuga de capital productivo, es seguido por la expansión de la Deuda: la inmediata subida de los tipos de interés sobre el endeudamiento del tercer mundo (la llamada crisis de la Deuda), por medio de la intervención de los organismos internacionales derivados de la hegemonía monetaria, que multiplicará la deuda, el monto de intereses, y el flujo de capital de esos países hacia el centro capitalista. Este crecimiento inicial de los ingresos obtenidos del exterior, esta renta extractiva, no proviene de una mayor inversión sino de unos mayores rendimientos financieros, producto del dominio económico y político.

A la expansión de la Deuda se le añadirá el crecimiento derivado del aumento de los gastos militares. Sin embargo, la descomunal expansión de las actividades parasitarias del sistema financiero (*derivados*) representa el desplazamiento del capital de la esfera productiva a la formación de capital ficticio, que generará, en suma, nuevos y crecientes

⁸ En 1971, el sueldo del alto directivo mejor retribuido equivalía a 47 veces el salario medio; en 1999 era 2.381 veces superior.

desequilibrios y una acumulación incesante de deudas públicas y privadas, internas y externas.⁹

La rentabilidad de la economía no financiera ha ido cayendo paralelamente a la disminución de la productividad de los ecosistemas naturales, sometidos a sobre explotación. La revolución científico-técnica, el incesante incremento e incorporación de nuevas técnicas y maquinaria en el proceso de trabajo, no ha hecho más que reducir el tiempo socialmente necesario para la producción de mercancías. Esta reducción es cada vez más insignificante para producir valor y plusvalía, al límite *natural* al incesante aumento de la productividad cabría añadirle la consecuencia lógica del aumento de ésta, es decir, al aumento de mercancías producidas por unidad de tiempo, le corresponde proporcionalmente una disminución del valor que incorpora cada una de estas mercancías. Empujando todo el sistema al ciclo especulativo, a la centralización y la crisis.

La reducción de la necesidad del trabajo para la producción, es simultáneamente un proceso de desvalorización, cuya manifestación externa es la crisis. Se producen grandes cantidades de mercancías con escaso valor añadido que no pueden ser adquiridas por el excedente laboral mundial. Los salarios estancados,¹⁰ el desempleo provocado por el aumento de la productividad, la temporalidad del empleo y la caída del ahorro personal empujan el consumo al crédito, el 90 % de la población tratará de sostener el ritmo endeudándose.¹¹ No obstante, el resultado de la ofensiva neoliberal ha sido un éxito, de manera que la apropiación de riqueza ha vuelto a los niveles vigentes antes de la segunda guerra mundial.

⁹ La deuda total de los estadounidenses (pública más privada) rondaba, en el 2008, los 50 billones de dólares (aproximadamente equivalente al Producto Bruto Mundial, un 350 % del PIB de EUA).

¹⁰ La tendencia ha continuado; hoy el ingreso real medio de los norteamericanos es inferior a la del año 2000.

¹¹ La deuda de los hogares como porcentaje del ingreso disponible se disparó: si en los años 60 llegaba a un 60 % de sus ingresos anuales totales, ahora supera el 100 %.

Desde los años 90, el proceso se ha coronado con una sucesión de burbujas especulativas que ha definido la nueva lógica del sistema del crédito-deuda: las ganancias del capital financiero proveen nuevos créditos que servirán para aumentar los precios de los activos y, así sucesivamente... Gracias a la política monetaria se ha concedido el dicho del «dinero llama dinero»,¹² los *pagos por privilegios* han permitido la creación de una especie de universo virtual apoyado en el *boom* de las técnicas de la información y una ordenación del acceso a la riqueza de las clases ricas («nueva economía»). La burbuja monetaria del crédito barato también ha permitido el aumento exponencial de los precios de las materias primeras, la energía y los productos agrícolas, con contratos sobre títulos en papel en el «Mercado de Futuros» (Commodity Futures),¹³ los bancos de inversión han obtenido enormes dividendos proporcionales al aumento de la pobreza (1.200 millones de personas viven en condiciones de absoluta pobreza), el hambre y la muerte.

La recuperación capitalista se ha convertido en una deriva de la actividad en busca de la riqueza, de rendimientos del 30 o el 40 %.¹⁴ La política monetaria ha facilitado la explosión del préstamo hipotecario, que ha contribuido al aumento del precio de la vivienda, favoreciendo el incremento del consumo y el empuje de la expansión.¹⁵ A mediados del 2008, los *derivados* y los negocios especulativos habían alcanzado ha representar

¹² Tipos de interés real cercanos al 0% durante más de tres años.

¹³ Especulación que se ha contraído paralelamente a la disponibilidad del crédito.

¹⁴ Entre 1997 y el 2002 los beneficios derivados de la manufacturación internacional cayeron un 65%.

¹⁵ Entre el 2000 y el 2006, el valor total de venta de la vivienda en los EUA se dobló, pasando de 11 billones de dólares a 22 billones, mientras en los anteriores 200 años no había pasado del 2 al 3%. El consumo privado más la inversión en vivienda, representó el 90-100% del crecimiento del PIB entre el 2000-2005. Sólo el sector de la vivienda es responsable del crecimiento del 40% PIB (EUA). Se calculan alrededor de 6 millones de hipotecas *subprime*.

unos mil billones de dólares, equivalentes aproximadamente a unas 18 veces la riqueza real mundial.

Con un volumen de transacciones financieras del orden de dos mil trillones de dólares, y un PIB mundial, tan sólo de unos 44 trillones de dólares, la crisis, tarde o temprano debía producirse. Cuando ésta enorme cantidad de capital ficticio que se ha valorizado muy por encima de su valor real, junto al monto monumental de deudas privadas que le acompaña, no ha podido verificar su valor real en el mercado, ha estallado la crisis económica.¹⁶

Desde el fin del llamado Estado del Bienestar el Estado promociona abiertamente el sistema financiero a través de los fondos de pensiones, avalando el crédito privado, desgravando propiedad y finanzas, etc., (el capital siempre controla el estado). Como en otras crisis, el Estado y las autoridades monetarias (BC's, FED), intervienen para apuntalar el crédito financiero, acudiendo al rescate, concediendo nuevos y suficientes créditos a los bancos para mantener la deuda a flote, para aguantar la burbuja de los precios y de los activos, evitando así que ese ajuste entre el capital ficticio y el capital real se verifique, bloqueando la salida a la crisis,¹⁷ que pasaría por dejar caer a los bancos y los activos implicados. Al verdadero problema de liquidar a la gallina de los huevos de oro del mercado de *derivados*, la solución aplicada de saldar la deuda con más deuda, cómo última salvación de la economía capitalista mundial, que es a la vez su causa, ya se ha utilizado anteriormente con efectos multiplicadores para la siguiente crisis.¹⁸

La huida del «patrón oro» de los años 70 ha situado el dólar como reserva de la riqueza mundial, lo que ha

¹⁶ Los índices más correctos apuntan a que solamente 1 % del dinero es en especie. Otro 11 % son depósitos bancarios perfectamente cuantificados, el 88 % restante es de naturaleza virtual.

¹⁷ Los Bancos Centrales y los gobiernos de todo el mundo ya han gastado más de 7 billones de dólares en acciones de rescate (enero 2009).

¹⁸ La continua emisión de deuda pública ha crecido alrededor de 10 billones de dólares, alrededor del 90 % del PIB.

permitido a EUA controlar la economía mundial y crear crédito —y deuda externa— sin restricciones. Mientras la política monetaria estadounidense contribuye a subsidiar al sector bancario,¹⁹ la política monetaria de los Bancos Centrales de los demás países evita el alza de sus monedas y con ello la pérdida de mercados, gastando sus reservas en la adquisición de bonos del tesoro norteamericano para apoyar la tasa de cambio del dólar, financiando así la burbuja económica de los EUA... La continuada absorción de títulos y activos por parte de estos Bancos no dejará otra alternativa que la formación de una nueva burbuja (la de la deuda pública norteamericana), y la emisión de moneda sin respaldo.²⁰

Históricamente, las soluciones capitalistas a la crisis pasan por un proceso de desvalorización de capital generalizado. La destrucción de capitales a través de la guerra imperialista (1ª y 2ª Guerra Mundial), la destrucción de capital productivo por medio de la deflación, la destrucción de las fuerzas productivas (despidos), la sobreexplotación del trabajo, etc.,²¹ para corregir la tasa media de crecimiento económico.

Tres décadas de políticas neoliberales han transformado la función del Estado, adelgazado en lo económico por medio de las continuadas privatizaciones que refuerzan los lazos de la clase de los propietarios y del poder público y reforzado en los aspectos de seguridad, control y represión de cualquier manifestación contraria a su lógica, que criminaliza la miseria y su contestación.

¹⁹ El déficit crónico y ascendente del comercio exterior norteamericano, 2 mil millones de dólares en 1971, 28 mil millones en 1981, 77 mil millones en 1991, 430 mil millones en 2001, 815 mil millones en 2007, ilustra con claridad el desplazamiento del capital productivo.

²⁰ El endeudamiento del *Barclays* es igual a todo el PIB de Gran Bretaña, el del *Deutsche* equivale al 80 % de todo el PBI de Alemania, gracias a un apalancamiento de 1 a 50, que puede llegar hasta el 1 a 64 del patrimonio líquido...

²¹ Ya se han producido, en las últimas semanas, caídas en el precio de las materias primas, devaluación del 25 % de la libra esterlina, caída de la producción industrial y aumento generalizado del desempleo (enero 2009).

Ésta destrucción, de capital y trabajo, de la que todavía desconocemos su dimensión y alcance, no se realizará sin resistencias. Sin ánimo de predicción, cabe recordar que los miles de millones de ayuda que está suministrando el Estado habrá que pagarlos, estos pagos grabarán a la clase media y reducirán aún más el asistencialismo, provocando movimientos y reacciones en la escala social. Seguramente veremos intervenir más a menudo a los «agentes sociales», también es probable un repunte del sindicalismo y, según las circunstancias, un cierto cacareo del exiguo PC. Anotar también, el elevado grado de desagregación tanto social como política de la clase trabajadora, que deberá confrontarse al reajuste del desempleo, reducción aún mayor de los salarios, aumento de la intensidad y del tiempo de trabajo, temporalidad, despido, etc., que bien puede desembocar en un enfrentamiento interclasista todavía desconocido o en un enfrentamiento en el interior de la propia clase...

C. S.
Enero 09



Paul Mattick (1904-1981)

Nacido en Alemania, formó parte del movimiento comunista revolucionario (KAPD). Emigrado a Estados Unidos en 1926, estuvo en estrecho contacto con el movimiento sindicalista revolucionario (woblies) y desarrolló una gran actividad teórica crítica del modo de producción capitalista.

Contra viento y marea Mattick supo desentrañar en plena euforia keynesiana los límites de la economía mixta y los elementos de persistencia-latencia de crisis en las nuevas formas de la dominación del capital, incluso en coyunturas donde otros se dejaban obnubilar por el despliegue fascinante y espectacular de la circulación de las mercancías y anunciaban el final de la sociedad de clases (hombre unidimensional marcusiano).

Paul Mattick, fue uno de esos «hijos proscritos» de Marx que, como R. Luxemburgo, Korsch, A. Pannekoek, H. Gorter, O. Ruhle, conjuraron el servilismo de la ortodoxia sin por ello obviar la crítica comunista marxiana diluida en los diversos sucedáneos ideológicos del marxismo.

La recuperación del nódulo fundamental de la sistematización crítica de Marx, que se concretaba en la teoría de la acumulación, como teoría de la crisis –o sea, el reconocimiento del capital en proceso, como contradicción–, lo que venía a conferir a la obra marxiana el carácter de arma teórica del proletariado frente a la ideología burguesa, cobra especial relevancia en Mattick en lo que respecta no ya a la tarea continuadora de la obra de Marx, sino de lo que ésta contiene de expresión

de la realidad cambiante del proletariado, haciendo exigible la profundización-superación de las aseveraciones fundamentales del propio Marx.

Destaquemos de entre toda su obra: “Marx y Keynes”, ed. Era; “Crisis y teoría de la crisis”, ed. Península; y “Crítica de Marcuse”, ed. Grijalbo.

Trancribimos a continuación un valioso artículo de Paul Mattick, por la vigencia que mantiene, acerca de la crisis.

La crisis mundial y el movimiento obrero

El desarrollo del capitalismo es inseparable de las crisis: esta ley se confirma empíricamente de vez en cuando. A pesar del retorno de las crisis la economía burguesa no ha propuesto, hasta hoy, ninguna teoría que se adapte a la realidad. La razón es que el punto teórico del que parte es en si mismo erróneo. La teoría capitalista, en efecto, partía de la idea errónea de que la producción estaba subordinada al consumo y que, por consiguiente, la oferta y la demanda se adaptarían en el mercado. Aunque se reconocía que este mecanismo de ajuste podía verse interrumpido debido a superproducciones parciales, se estaba convencido de que el mecanismo del mercado resolvería, de modo espontáneo, estas discordancias. La teoría del mercado, como la teoría del equilibrio a partir del cual la oferta condiciona la demanda y viceversa, todavía está vigente aunque reformulada de distinta manera. En la teoría neoclásica de

la utilidad marginal, que se fundamenta en principios psicológicos, se trata simplemente de anunciar de nuevo la vieja teoría de la oferta y de la demanda, que había permanecido intacta hasta 1936.

En primer lugar, hay que afirmar que en modo alguno debe ponerse en duda la realidad de las crisis actuales. Pero, para explicarlas, se ha supuesto que ellas provenían del exterior hacia el sistema, y que podían ser superadas, gracias a la intervención de mecanismos de equilibrio automáticos. La existencia de las crisis no era un hecho inmanente del propio sistema y, por consiguiente, tampoco era una realidad que debiera someterse a la investigación teórica. No es necesario insistir en este punto. Yo insistiré únicamente en que la teoría neoclásica del equilibrio de modo particular bajo su formulación matemática, ha sido considerada como el jalón a partir del cual la economía política se transformó en ciencia, óptica a partir de la cual fue despojada de su carácter histórico. En todo caso se desarrollaba en unos niveles de abstracción que le daban un carácter puramente ideológico y le despojaba de toda su posibilidad de aplicación práctica. Su función ideológica se esfumó, por la fuerza de las cosas, cuando estalló la gran crisis del 29 que hizo perder la confianza en los mecanismos de equilibrio del mercado.

La primera gran crisis de la teoría económica capitalista ha sido pues la consecuencia de una crisis real, duradera y profunda. Si no hubiera estallado, la teoría del equilibrio habría conservado probablemente su formulación neoclásica. Pero el contraste entre la teoría y la realidad era demasiado evidente por lo que se hizo necesario adaptar la antigua teoría a la nueva situación. Esta adaptación, que entró en la historia de las ideas con el nombre de «revolución keynesiana» no hace otra cosa sino tomar nuevamente la

antigua teoría del mercado, con la diferencia de que ya no se supone la existencia de la acción eficaz de un mecanismo de equilibrio que opera de modo espontáneo, sino que se habla en su lugar de un equilibrio establecido conscientemente, con la finalidad de aportar una salida a la crisis.

La teoría de Keynes es tan estática como la neoclásica y se fundamenta, como ella, en un imaginario mecanismo de equilibrio. Pero ella añade como elemento nuevo que las modificaciones que conoce el mundo capitalista dificultan cada vez más la posibilidad de mantener el equilibrio únicamente a través del mercado. Partiendo de la antigua concepción de que el consumo determina la producción, basta que aquél se retrase algo en relación a ésta para que las inversiones resulten cada vez menos rentables y que, por consiguiente, lleguen a desaparecer. La relativa saturación del consumo, que se expresa a partir de una demanda insuficiente, llevaría consigo una disminución de las inversiones y, por consiguiente, un aumento del paro. Para reequilibrar nuevamente consumo y producción, oferta y demanda, sería necesario elevar el nivel de consumo mediante el «consumo público» y multiplicar las inversiones mediante «inversiones públicas» a cargo del Estado. La política monetaria y fiscal del Estado sería, por consiguiente, el instrumento adecuado, capaz de actuar de manera positiva no sólo sobre la economía en su conjunto sino también sobre la rentabilidad del capital privado.

Esta teoría traducía una necesidad política, una reacción a las consecuencias sociales de la crisis. Pero era considerada asimismo como un recurso susceptible de facilitar el paso a una nueva coyuntura. Al mismo tiempo que se presentaba como una teoría general, no hacía otra cosa que tomar como punto de referencia la situación específica de la Gran Crisis, para conjurar, en primer lugar, cualquier riesgo de suceso

revolucionario. Las propuestas de intervención estatales en la economía iban destinadas a evitar los peligros de un paro masivo pero también a incitar nuevas inversiones privadas, por lo que las intervenciones del Estado continúan sirviendo al capital. Se trataba de lograr lo que se llama el efecto multiplicador de las nuevas inversiones, o sea la hipótesis de que las inversiones efectuadas en una rama de la producción inducen otras en otras ramas. Tal proceso, comparable al de la velocidad de rotación del dinero en circulación, compensaría la falta de rentabilidad de los gastos públicos mediante la elevación de la rentabilidad de la economía privada.

Es totalmente exacto, por descontado, que nuevas inversiones cuando no están compensadas simultáneamente por otros retraimientos de inversiones, tienen como consecuencia el estímulo de la vida económica y la disminución del paro, tanto si son obra del Estado como del capital privado. El aumento de los gastos del Estado, propuesto por Keynes, incluso si su financiación se basa en el déficit presupuestario, tiene pues este efecto estimulante, tal como quedó confirmado con el éxito obtenido gracias a este modelo por parte del programa de creación de empleos del régimen hitleriano, al igual que el logrado con el New Deal americano. Tales éxitos sólo se entendían, sin embargo, en el contexto de la teoría abstracta y errónea del equilibrio; nada tenían que ver con las exigencias de la producción capitalista. Para ésta, no se trata en modo alguno de asegurar el equilibrio entre la oferta y la demanda, la producción y el consumo, sino únicamente de producir beneficios y de asegurar la valoración del capital existente y su acumulación. Un capital concreto que exista en forma de dinero debe, para satisfacer las exigencias de la producción capitalista, transformarse en una cantidad superior de capital a través del ciclo de la

reproducción. En el capitalismo, toda producción que no proporciona ningún tipo de plusvalía es producción sin acumulación y contradice el movimiento del capital.

Una producción que no está hecha en vistas de la creación de plusvalía choca, en el capitalismo, contra ciertos límites. Desde siempre el Estado toma en carga una parte de la producción social, la que asegura los equipamientos públicos indispensables al sistema (la infraestructura). Además ha monopolizado, en muchos países, una parte de la producción global y se sitúa así entre los empresarios productores de plusvalía. Toda una parte de la producción social es, por consiguiente, asumida por el Estado, a distintos niveles. Pero en general es el capital privado quien asegura la mayor parte de la producción social y determina sus características y su desarrollo. La creciente importancia de la producción viene determinada por la acumulación del capital global, es decir del capital privado; no tiene nada que ver con la lucha contra las crisis mediante el aumento de los gastos públicos, se trata al contrario de un fenómeno secundario que acompaña siempre el desarrollo capitalista. Las políticas de equilibrio económico del Estado no representan nada más que intervenciones suplementarias en la economía, que sobrepasan los gastos habitualmente necesarios; es una producción inducida por el Estado para reactivar la producción social global.

En los remedios keynesianos contra las crisis, no se trata en modo alguno de restringir el capital privado en provecho del sector del Estado, sino más bien de multiplicar la demanda global en el marco de la producción de capital. Ya que la demanda, según esta teoría, depende del consumo y que este es insuficiente para asegurar el pleno empleo, hay que ampliarlo incrementando el «consumo público» que no es suscitado por el mercado. Para no debilitar todavía más la demanda presente en el mercado y ya insuficiente, sin que

por ello entre en competencia con el capital privado, el estado debe limitar la producción inducida en el «consumo público», es decir en los trabajos públicos, en la producción de armamento, en la investigación espacial y en otros campos semejantes.

El capital, para comportarse como tal, debe acumularse, es decir, añadir una parte de la plusvalía producida sobre la cantidad de capital ya existente. Desde este punto de vista, cualquier aumento del consumo, tanto si es público como privado, disminuye la cantidad de plusvalía disponible para la acumulación. Lo que es consumido no puede ser acumulado, es decir transformado en instrumentos de producción y en fuerza de trabajo que permita aumentar el provecho y el capital. De todos modos la política de Keynes correspondía a una situación transitoria, en la que un simple aumento de la producción genera un clima económico que incita al capital privado a también invertir. Este suplemento de producción privada para el mercado debería provocar una expansión donde la producción inducida por el Estado e incapaz de producir ningún beneficio sería compensada por el aumento de la masa de beneficio en la producción privada. Los déficits de la producción inducida por el Estado serían, en aquel momento, anulados por los nuevos beneficios.

Pero si no sucede así, la producción suscitada por el Estado representa un aumento de la deuda pública, una acumulación de deudas privadas sobre el Estado. Si el Estado aumenta los impuestos para poder cubrir los gastos públicos destinados a estimular la demanda, por un lado disminuye simultáneamente las posibilidades de acumulación ya reducidas del capital privado y, por otro lado, simplemente desplaza la demanda del sector privado hacia el sector público, sin modificar en modo alguno el volumen de la demanda global. Para aumentarla hay que recurrir al

financiamiento mediante el déficit presupuestario, con la extensión del crédito de Estado. Pero como la producción se encuentra reducida por la disminución e incluso por el paro total de la acumulación, no sólo las capacidades productivas permanecen sin emplear, sino incluso el capital-dinero ya que no puede ser nuevamente invertido de manera rentable y no permite el paso de la forma dinero a la forma capital. Este capital inerte en forma de dinero, el Estado puede obtenerlo del capital privado, hasta el punto de hacer subir sus gastos por encima de las posibilidades impositivas. Estos empréstitos de Estado constituyen el financiamiento mediante déficit presupuestario de los gastos públicos. Aunque permita aumentar la producción, no aumenta la producción de beneficio. Si llegara el caso, los poseedores de capital invertirían ellos mismos su dinero desempleado. Si se recurre a la producción realizada por el Estado, es sencillamente para aumentar la producción sin consideración de rentabilidad.

A pesar de que las inversiones del Estado tengan como efecto ampliar la producción global, la masa de plusvalía adquirida por el capital privado permanece inferior al aumento de la producción, de manera que la producción global tiene a su disposición una masa de beneficio relativamente disminuida, con tendencia a mayor disminución a medida que se amplía la producción inducida por el Estado e improductiva de beneficios. Si el Estado pide prestado el dinero no empleado del capital privado, es necesario que le pague un interés. Ya que la producción inducida por el Estado no produce ningún tipo de beneficio, tampoco puede cubrir ningún interés, ya que éste corresponde a una parte de los beneficios. Este interés, por consiguiente, debe ser cubierto sea por los impuestos sea por otros empréstitos del Estado. Por consiguiente, no sólo la producción no crea beneficios, sino que el reembolso de

las deudas del Estado que han facilitado esta producción complementaria tiene que ser cubierta por el sector privado. Pero como las deudas del Estado pueden ser siempre nuevamente consolidadas, desde un punto de vista práctico sólo son los intereses los que gravan los empréstitos del Estado, de manera que el aumento de la producción representa un aumento de la deuda pública que no encuentra ningún tipo de trabas a condición de que la producción global aumente más rápidamente que la carga de intereses que ella misma genera.

Sin embargo, de lo que se trata en el caso del aumento de la deuda pública, es de una destrucción del capital, porque no puede generar ninguna producción capitalista, es decir capaz de producir beneficios. Pongamos un ejemplo: durante la Segunda Guerra Mundial, la deuda pública de Estados Unidos alcanzó 300 mil millones de dólares, que sólo existían teóricamente en los títulos de empréstito. El equivalente a esta suma fue utilizado durante la guerra, en cierta manera «consumido», y, por consiguiente, desapareció. Una plusvalía, recogida en una época anterior y que permanecía sin emplear como capital, se había transformado en gastos militares y, de este modo, se había evaporado. Detrás de la deuda pública, no queda sino la posibilidad que siempre tiene el Estado de aumentar los impuestos y lanzar nuevas emisiones de endeudamiento. A pesar de que el equivalente de la deuda del Estado, es decir los gastos militares, pertenezcan al pasado, el Estado deberá todavía pagar los intereses y, de manera simultánea, intentar librarse de su deuda, cosa que sólo es posible si el capital privado amasa nuevos beneficios y en proporción creciente.

Pero, dado el hecho de que la tendencia a la baja en el índice de beneficios es inseparable del desarrollo del capital, cada vez es más difícil encontrar una solución al problema del endeudamiento del Estado provocado por los gastos

públicos a cuenta del déficit presupuestario. Esta es la razón por la que el endeudamiento del Estado nunca es prorrogado sino simplemente anulado –como por ejemplo en Alemania durante 1923– debido a una inflación galopante. La ampliación desmesurada de la deuda pública ya constituye por sí misma una especie de expropiación del capital privado, e incluso es posible leer la expropiación rampante del capital en el índice de endeudamiento del Estado, que impide la prosecución de la acumulación. Pero esto sólo es válido cuando el capital se encuentra efectivamente en una situación de crisis permanente, acompañada de un continuado aumento de gastos públicos. Si evocamos esta posibilidad es simplemente para indicar que cuando se lucha contra la crisis mediante el gasto público, se tropieza con limitaciones totalmente determinadas, que no pueden ser franqueadas sin poner en peligro al propio capital. Si llegara a instalarse una crisis duradera, se llegaría a constatar, durante su curso, que la intervención del Estado, aunque estimulara la economía en un momento inmediato, sólo lo logra mediante el precio de la destrucción a largo término del capital privado.

Para disipar ciertos malentendidos, es necesario hacer hincapié en el hecho de que esto sólo es exacto desde un punto de vista global. Para el capital privado que logra acrecentar su producción gracias al gasto público, esta producción inducida complementaria es muy beneficiosa. Pero la plusvalía o el beneficio, que se encamina hacia estos capitales particulares, no se realiza en modo alguno por la producción global regida por el mercado sino que proviene de la plusvalía producida en períodos anteriores, que ya existía, no producida en aquel momento. En otras palabras, estos capitales «realizan» sus beneficios a partir del capital-dinero no empleado que les atribuye el Estado mediante sus inversiones. Las ganancias realizadas por cualquier capital

concreto favorecido significa una pérdida para el capital global, una utilización del capital-dinero acumulado. Es este capital-dinero no empleado el que reinicia el movimiento de los medios de producción y de las fuerzas de trabajo inmovilizadas, y su volumen fija los límites de este crecimiento de la producción. Desde el momento en que la ampliación de crédito mediante capital no empleado se agota, un nuevo aumento del gasto público sólo es posible mediante una clara inflación, gracias a la creación de dinero y su posterior devaluación. Si el financiamiento por déficit presupuestario mediante empréstitos de Estado ya es un proceso inflacionista, este proceso permanece limitado y controlable, mientras que la pura y simple inflación de billetes de banco no encuentra ningún límite objetivo.

Es inevitable que el crecimiento continuo de un sector de la economía no productor de beneficio ponga al final en crisis al propio sistema de producción capitalista. Por este motivo, el mantenimiento de un cierto nivel de producción y de empleo deseado, no puede ser otra cosa que una posibilidad transitoria, un remedio que —tarde o temprano— será desechado por una nueva coyuntura del capital privado. Puesto que el Estado es el del capital privado, la política anticrisis que pone en pie mediante la financiación de gastos públicos subvencionados por el déficit presupuestario encuentra un término cuando su propia extensión la transforma de momentáneo elemento de estabilización económica en algo contrario, un factor agravante de la crisis. Desde aquel momento, se impone nuevamente la antigua ley de las crisis.

Para tratar ahora de los problemas económicos de hoy en día, es necesario constatar en primer lugar que las grandes crisis de nuestro siglo, a diferencia de las del siglo XIX, no se han superado gracias a medidas «puramente económicas». Durante el siglo pasado todo el mundo se adaptaba a las

consecuencias de la crisis y de la recesión sin intentar atenuarlas o superarlas con intervenciones deliberadas. La primera gran crisis del siglo XX llegó durante la Primera Guerra Mundial, cosa que no significa, en modo alguno, que la guerra fuera consecuencia de la crisis, sino simplemente que la situación de crisis preexistía y que si no se la reconoció como tal, fue porque la guerra imperialista le dio otro aspecto. La crisis de 1929, nacida en América, alcanzó a todo el mundo, y tanto más debido al hecho de que las naciones europeas todavía no habían podido desasirse totalmente de la crisis anterior. La situación de crisis declarada por la Primera Guerra Mundial se prolongó en una crisis de posguerra, a pesar de las fluctuaciones con que se manifestó la recesión. Pero no se logró encontrar de nuevo una progresión de la acumulación. El relativo estancamiento de la economía europea no podía sino poner trabas a su vez a la prosperidad que el capital americano conoció después de la guerra. La economía americana, en principio, había conocido un impulso poderoso, aunque insuficiente para arrastrar al conjunto de la economía mundial. Cuando la prosperidad americana naufragó, llegó la crisis mundial.

Fue entonces cuando Keynes elaboró las modificaciones de la teoría neoclásica (que ya había encontrado anticipaciones prácticas en distintos países donde los Gobiernos habían intervenido en la marcha económica). Pero estas intervenciones no habían significado ningún éxito notable, y esta fue la causa que explica que la aportación de Keynes a la teoría clásica del mercado tardara en imponerse. Por otra parte, es exacto que la política armamentística de Hitler financiada con el déficit presupuestario y otros medios logró detener el paro. Pero los mismos factores que comportaban este resultado agravaban simultáneamente la crisis hasta el punto de no permitir otra elección final que una descomposición más total de la economía —a pesar de

la intervención del Estado— y una solución imperialista violenta, es decir la guerra. El capital alemán jugó la carta de la guerra, para hacer pagar a los otros países el salvamento de su propia economía. En los Estados Unidos gracias al New-Deal (que aunque nada debía a las ideas de Keynes, sin embargo respetaba sus principios teóricos) el paro descendió de 15 millones a 8 millones de personas. Pero, hacia 1937, parecía que se habían agotado todos los medios de lucha contra la crisis. Fue necesario el esfuerzo de armamento cara a la Segunda Guerra Mundial, realizado al finalizar la guerra española, para que el paro pudiera todavía reducirse más. Sólo la guerra permitió el pleno empleo, tanto en América como en los demás países beligerantes. El programa de Keynes encontraba su realización en la producción de guerra., es decir, en condiciones que excluían la acumulación. Por ejemplo, en Estados Unidos, el índice de acumulación descendió por debajo del 1%, de manera que el capital sólo alcanzaba para reproducirse. Casi la mitad de la producción total fue utilizada para fines militares, y lo que se destruye en la guerra no puede servir para la acumulación. El pleno empleo estuvo pues acompañado de una reducida acumulación capitalista a nivel cero; en otras palabras, una producción que sólo era capitalista en sus principios teóricos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el capital internacional conoció un relanzamiento inesperado, y que no cuadraba con las teorías de Keynes.

Según éstas, el punto de referencia era una situación de estancamiento económico que podía remediarse gracias al aumento de la demanda pública. Sin embargo, los teóricos de inspiración keynesiana vieron en el relanzamiento general de la economía la confirmación de sus ideas. Cosa que no correspondía a su manera de pensar. En realidad este relanzamiento, como los precedentes, era consecuencia de la crisis que lo había precedido. El estancamiento del capital

europeo entre las dos guerras mundiales y la enorme destrucción de capital, tanto bajo su forma de valor como bajo su forma física, realizada por la guerra, comportaron una modificación general de la estructura del capital que permitió elevar los beneficios en relación a un capital disminuido, hasta un nivel suficiente para asegurar un relanzamiento de la acumulación. El secreto de la alta coyuntura de la posguerra, es la destrucción del capital por la guerra y la crisis. No son los métodos keynesianos de orientación de la actividad económica, sino los propios mecanismos de crisis de acumulación del capital, los que explican este relanzamiento.

Desde un punto de vista marxista, este relanzamiento no tenía nada de sorprendente. El índice medio de beneficio, y por consiguiente el índice de acumulación del capital, depende siempre de la situación del capital global o, en términos marxistas, de la composición orgánica del capital. La destrucción del capital, asociada a una elevación de la productividad del trabajo, puede engendrar un índice de beneficio que permita pasar de la recesión a una nueva fase de prosperidad. Es así como se realiza la acumulación del capital a pesar de la crisis y gracias a ella, siempre que el beneficio corresponda a las exigencias de la acumulación. La reorganización de conjunto del capital condujo a un relanzamiento. Se hubiera podido pensar que la adaptación del beneficio a la acumulación estaba objetivamente excluida; pero una efectiva reactivación económica confirma que no fue este el caso.

Es el mecanismo de las crisis del capital, y no la manipulación keynesiana de la economía, lo que explica la duración de la coyuntura favorable durante los años de la posguerra. Por otra parte, esta reactivación no estuvo exenta de contragolpes, porque afectó a modo muy diverso a los distintos países.

En muchos países, y de manera muy particular en Estados Unidos, el Estado intervino constantemente en la actividad económica, mediante el camino de la política monetaria y fiscal, para poner remedio a las recesiones que venían incluso durante el periodo de relanzamiento. La prosecución de la política imperialista supuso la exclusión de cualquier tipo de reducción de los gastos del Estado improductivos destinados a fines militares, e impuso el mantenimiento y la extensión del sector no rentable de la producción global. Sin embargo, la expansión del capital era bastante importante para provocar un relanzamiento general, en el que la parte de la producción inducida del Estado disminuía proporcionalmente a pesar de continuar siendo un elemento significativo de la producción global. El mantenimiento en tales condiciones de lo que era considerado como una situación de prosperidad capitalista, provocó el nacimiento de una ilusión por la que se pensaba que se había logrado finalmente poner término a las cíclicas crisis del capital, gracias a los métodos de Keynes. La era de las crisis parecía superada para siempre, porque se creía poder establecer, mediante la intervención central en el funcionamiento económico, un equilibrio entre la oferta y la demanda asociado al pleno empleo. La aparente posibilidad de regulación económica del mercado por parte del Estado, con el consiguiente desarrollo sin crisis que permitía, impresionó incluso al campo anticapitalista, hasta el punto que se quisieron asociar las ideas marxistas a las de Keynes, y que se dijo que se iniciaba un nuevo periodo de desarrollo capitalista incapaz de ser explicado por la ley de las crisis de Marx. Basta pensar en personas como Marcuse, Baran y Sweezy, para darse cuenta hasta que punto influyeron las nuevas ilusiones capitalistas en aquellos que se consideraban sus críticos.

En el paso realizado por Keynes de lo que se llama de la microeconomía a la macroeconomía, es decir la toma en consideración de los problemas sociales antes olvidados, todavía hay algo de estático, porque no se considera el desarrollo del capital; pero la elaboración de la teoría de Keynes ha supuesto muchas tentativas para darle un carácter dinámico o, si se prefiere, para profundizar sobre las leyes del desarrollo y del movimiento del capital. Si esto se pudiera considerar un programa para la economía política burguesa, tal progreso no sería sino volver nuevamente a los clásicos de la economía política, y de modo muy particular –aunque sin citarla– a la teoría marxista del desarrollo capitalista.

Se reconocían ahora las dificultades inherentes al desarrollo capitalista y, por consiguiente, la tendencia a perturbar incesantemente el equilibrio anteriormente alcanzado. Pero ello era para llegar a la conclusión de que las contradicciones inmanentes del sistema se podían suprimir mediante una intervención durable y planificada del Estado. En el lenguaje de la apologética capitalista, como el que empleaba por ejemplo Samuelson, el desarrollo del capital concebido como «crecimiento», tendía ciertamente a la inestabilidad, pero ésta podía ser eliminada mediante la orientación de la economía, del mismo modo que una bicicleta cae al suelo si se la deja sola, pero permanece en equilibrio cuando está montada por un ciclista. Esta concepción optimista fue casi el patrimonio de la teoría económica burguesa.

¿Qué fue lo que pasó realmente? Repitémoslo todavía otra vez: la guerra había destruido hasta tal punto la economía europea y japonesa, que la resurrección no podía ser considerada de otro modo que como un proceso muy lento.

Simultáneamente a las fuerzas productivas, el capital había también desarrollado las fuerzas destructivas, que habían

alcanzado mucho más gravemente a los países comprometidos en la guerra que no durante la anterior contienda mundial del 14. Además de las consideraciones políticas suscitadas por un nuevo adversario, el imperialismo soviético, también había razones propiamente económicas para incitar al capital americano a acelerar la reconstrucción del capital occidental, mediante empréstitos y el Plan Marshall. Con ello, no sólo se lograba beneficiar directamente a los que obtenían la ayuda americana sino también a la propia economía americana, porque la importación de capital por los otros países se traducía, necesariamente, en exportación de mercancías americanas. De esta manera, la vida económica se reanimaba por ambas partes, tanto en los países importadores de capital como en los exportadores de mercancías. La destrucción de los valores capitalistas en Europa y Japón, la anulación de las deudas mediante las devaluaciones, las aplicaciones de nuevas tecnologías y de nuevos métodos de producción, asociadas a un índice de explotación elevado debido a la penuria provocada por la guerra, todo ello permitió índices de beneficios y un índice de acumulación que se elevó a casi el 25 % de la producción global. Fue precisamente este índice de acumulación excepcional, unido a circunstancias particulares, el que entró en la historia con el nombre de «milagro económico» y que mejoró progresivamente el grado de competitividad de Europa y Japón en el mercado mundial.

Como contrapartida, la economía americana se caracteriza por un índice de acumulación muy bajo, que se mantuvo por debajo de sus promedios históricos durante toda la posguerra, sin superar nunca el 3 ó el 3,5 %. Precisamente debido al hecho de que el capital americano estaba alcanzado por la sobreacumulación (con lo que no

era posible que los beneficios correspondieran a las necesidades de valoración del capital), la posibilidad de exportarlos hacia otros países permitía asociarlos al auge que conocían los países en reconstrucción. A este factor hay que añadir también los nuevos compromisos imperialistas a escala planetaria, interviniendo en los desarrollos políticos asiáticos (guerras de Corea y de Indochina). La exportación de capital, y los gastos unidos a las expediciones imperialistas que exigían anualmente de 20 a 25 mil millones de dólares, excluían una disminución del presupuesto del Estado e imponían la financiación de la política extranjera imperialista mediante métodos inflacionistas, ya que el índice de beneficios era relativamente bajo. La adopción del dólar como referencia internacional y unidad monetaria de reserva permitió al capital americano, acelerando la creación de moneda, no sólo el penetrar profundamente en la economía europea, sino también de manera simultánea estimular la producción americana gracias a la producción inducida por el Estado. Sin alcanzar el pleno empleo, el elevado índice de empleo provocó esta ilusión de un desarrollo capitalista exento de crisis, tal como decíamos antes.

Sin esta producción inducida por el Estado, el número de parados hubiera sido mucho más elevado de lo que fue, porque el índice de acumulación no permitía conseguir el pleno empleo. Pero, incluso durante los últimos años de la guerra de Indochina, la capacidad de producción americana sólo se empleaba en un 86 % y el desempleo oscilaba entre el 4,5 y el 5 % de la población activa. Por consiguiente, el período de posguerra fue muy distinto en Estados Unidos y en Europa y Japón, y la reactivación general de este período llevaba consigo ya el germen de la destrucción, que se manifestaba anticipadamente en la diversidad de condiciones de acumulación propias de cada país capitalista. Pero como América casi aseguraba la mitad de la producción mundial,

el relativo estancamiento del capital americano era el índice de una rentabilidad insuficiente en relación de las exigencias de beneficio del capital mundial, aunque esta podía quedar enmascarada durante mucho tiempo mediante la adopción de manipulaciones monetarias y políticas de crédito, capaces de hinchar los beneficios. La prosperidad se acompañaba de una «inacción rampante».

Dado que la intervención del Estado en la economía descansa, en lo que se refiere a la extensión de la producción, en la capacidad del Estado para ofrecer un sentido de respuesta, esta intervención tiene una eficacia análoga a la creación de crédito en el sector privado. En la teoría de Marx, pero también en las teorías burguesas, un desarrollo excepcional del crédito siempre ha anunciado una crisis próxima, ya que es signo de una competencia más dura para un margen de beneficio en manifiesta disminución, cosa que conduce a una concentración y centralización más exageradas del capital. Los trusts capitalistas se esfuerzan cada uno en obtener una parte más importante del beneficio social global, ampliando su producción y bajando sus precios gracias al crédito —con lo que se agrava la sobreacumulación de capital que ya se manifestaba en la penuria de beneficios. A pesar de todo, el primer efecto de la extensión del crédito, en la medida en que multiplica efectivamente la producción, consiste en retrasar el estallido de la crisis. La actividad económica es más intensa de lo que sería sin esta extensión. Pero la multiplicación de la producción no significa necesariamente la de los beneficios globales. Basta que la relación entre el índice de explotación y la estructura del capital global sea la misma, retrasando momentáneamente la crisis, para preparar una crisis más profunda todavía, así que la prosperidad provocada mediante el crédito se demuestre ilusoria. Una extensión demasiado rápida del crédito, que encuentra tarde o temprano su límite en el índice

de interés determinado por el índice de beneficio, siempre ha sido la expresión de las contradicciones inherentes al sistema capitalista, y la propia economía burguesa siempre la contempló con el mayor escepticismo.

Pero lo que nos importa aquí es que la extensión del crédito siempre tuvo un efecto inflacionista. Si los precios suben es para que la mayor inversión en capital quede justificada cuando el índice de beneficio está estancado, con la finalidad de ganar en la esfera de la circulación lo que no puede obtenerse en proporción suficiente en la producción. Como los precios nunca suben de igual modo y dado que, de modo particular, el precio de la fuerza de trabajo siempre va retrasado en relación al aumento general de los precios, resulta una modificación de la relación salario/beneficio, en ventaja del beneficio capitalista. También se provoca un desplazamiento general de la estructura de las rentas, en detrimento de las capas sociales cuyas rentas no siguen el ritmo de los aumentos de precios. El capital intenta garantizar sus beneficios cargándolos a la sociedad y principalmente a los trabajadores aunque sin lograr mantener o encontrar de nuevo su capacidad de acumulación. En cualquier caso, el crédito no ha sido capaz hasta el momento presente de suprimir nunca el ciclo de las crisis capitalistas; es la propia crisis la que elimina al crédito como medio para relanzar la producción.

Dado que la producción inducida por el Estado mediante el crédito no genera, desde el punto de vista de la sociedad, ni provecho ni interés, sólo encuentra límites objetivos en la masa de capital presente pero no empleado, que el Estado toma en empréstito al capital privado. Esta fracción del capital privado, que resurge en forma de deuda pública, financia también los intereses que gravan los empréstitos del Estado. Si estos límites objetivos del endeudamiento del Estado son alcanzados, el mantenimiento de la producción

inducida por dicho endeudamiento depende entonces de la capacidad del Estado para crear moneda; en otras palabras, depende del financiamiento de esta producción mediante «la máquina de fabricar billetes» o mediante la pura y simple inflación provocada por la devaluación. Pero el financiamiento mediante la deuda pública es en si mismo un proceso inflacionista, aunque más lento, porque el beneficio social no se acrecienta al mismo ritmo que la producción en su conjunto, y esta distancia creciente entre el beneficio y la producción conlleva inevitablemente un alza de precios. De hecho, el financiamiento mediante los empréstitos de Estado se acompaña de una aceleración de la creación de moneda de manera que, por un lado, se anima a la inversión privada con la baja de los índices de interés, mientras por otro lado se procure disminuir la carga de intereses del Estado.

Nadie ha puesto jamás en duda que los métodos propuestos por Keynes no fueran inflacionistas; él mismo y sus seguidores han visto, por el contrario, que en ello residía el secreto de la estabilidad capitalista. Sin embargo, se admitía que los procesos inflacionistas conducían a un nuevo equilibrio económico que ponía término a la fase inflacionista. Pleno empleo acompañado de la estabilidad de los precios, tal era el objetivo a alcanzar; los métodos inflacionistas podían ser utilizados o abandonados según las necesidades de cada momento. Mientras existiera paro, la inflación sería el único modo de atenuarlo o de eliminarlo. Una vez alcanzado el pleno empleo, se podría parar la inflación utilizando medios deflacionistas, compensando los déficits anteriores gracias a los nuevos beneficios. En cualquier caso, se creía firmemente en la posibilidad de conducir la economía hacia una política fiscal y monetaria perspicaz, según los deseos del gobierno. Si la supresión del paro y de los problemas sociales que comporta se acompañaba de una inflación rampante, éste era un precio en cualquier caso

menor a los ojos de los economistas. Más valía el pleno empleo con una tendencia a la inflación que no resignarse al creciente paro por miedo a la inflación. Por otra parte, se constató que tanto hoy como en el pasado, cualquier coyuntura favorable iba acompañada de aspectos inflacionistas. El pleno empleo se asociaba siempre al alza de precios, como lo había históricamente establecido el economista inglés Phillips; la baja de los precios siempre iba acompañada de un índice elevado de paro. Por consiguiente, en la inflación actual, todavía se veía la aplicación de una especie de ley natural que asociaba el pleno empleo y la inflación. Así, no sólo la inflación se explicaba mediante el pleno empleo, sino que era imputada a los trabajadores porque se les consideraba responsables del aumento de los precios, debido a los mejores salarios que lograban en período de pleno empleo.

Llegó el día, sin embargo, que tuvo que admitirse que no sólo el pleno empleo era inseparable de la inflación sino también que ésta aumentaba incluso en período de creciente paro. La recesión económica, en lugar de frenar la inflación, no hacía sino acelerarla. Un hecho que combinaba mal con las teorías económicas más extendidas. El arsenal anticrisis de Keynes demostró ser ilusorio, y ante la nueva crisis que se anunciaba, nos encontrábamos tan desarmados como ante las precedentes. Esto no hacía sino confirmar una vez más lo que se había perdido de vista durante el largo período de alta coyuntura que habían conocido algunos países occidentales; saber que es imposible regularizar el sistema capitalista y que la única regulación que en cierta medida existe es la del retorno de las crisis. En el siglo XX como en el anterior, el proceso de acumulación del capital comporta el paso de un período de expansión a una situación de crisis, condición necesaria para una nueva acumulación, y esto

siempre que quede una posibilidad objetiva de restablecer la rentabilidad perdida.

Queda claro que es exacto que la intervención del Estado puede influir en el curso de la actividad económica y que, cuando se entra en una situación de crisis, es posible atenuar sus efectos ampliando la producción gracias a este método intervencionista, aunque sin influir en modo alguno sobre la tendencia hacia la superacumulación que resulta del imperativo de valorización del capital. Si se confirma la crisis de sobreacumulación, se constata que las tentativas para atenuarla gracias a la orientación económica del Estado no hacen sino agravarla. En tales circunstancias, la crisis se traduce del modo más clásico, mediante la caída de la producción, el desempleo masivo, la destrucción de capital y de la fuerza de trabajo y la intensificación de la competencia entre capitales. La crisis general del capital, nacida de la relación entre las clases sociales y que resulta, en definitiva, de la producción del capital, no puede resolverse por los métodos con pretensiones de nuevas orientaciones de la economía capitalista, sino solamente —si esto es posible— por los medios destructivos, los mismos que ya en el pasado permitieron salir de la crisis y suscitar una reactivación. Si la burguesía ha creído haber encontrado el camino de un desarrollo capitalista exento de crisis, la crisis que se anuncia atestigua una vez más que la economía burguesa es incapaz de comprender su propio sistema y todavía menos de dirigirlo. Lo que empieza a pasar es la verificación empírica de la teoría de la acumulación de Marx, entendida como teoría de la crisis capitalista.

Paul Mattick

60

**Consideraciones
sobre la crisis**



ETCETERA

Este librito incluye los siguientes artículos:

- *Algunas consideraciones para analizar la actual crisis llamada financiera.* Colectivo Etcétera. (2009)
- *Algunas sugerencias a propósito de la crisis.* C. V. (2009)
- *Crisis del capital, crisis del trabajo.* C. S. (2009)
- *La crisis mundial y el movimiento obrero.* Paul Mattick. (1978)

Junio 2009

Este texto puede ser reproducido en la manera que se considere oportuna
Correspondencia: ETCETERA
Apartado 1363
08080 Barcelona
www.sindominio.net/etcetera
Publica: ETCETERA. Dep. Legal B-28358/85

Títulos publicados:

- 29 **La concepción fundamentalmente comunista de la simbólica del paraíso.** Otto Gross
- 30 **La fuerza productiva viviente, la «fuerza de trabajo», de Karl Marx.** Wilhelm Reich
- 31 **Libertad, desventura, Innombrable.** Pierre Clastres
- 32 **Escritos políticos.** Stig Dagerman
- 33 **Gran fiesta nacional y congreso de las clases productoras.** W. Benbow
- 34 **Contra el pacifismo nuclear.** Maximilien Rubel
- 35 **La noción de gasto.** Georges Bataille
- 36 **Escritos breves.** Alfred Jarry
- 37 **La revolución de Barcelona. La revolución en Cataluña.** José Comaposada
- 38 **La maternidad del week-end.** Michael Seidman
- 39 **Kafka, novelista de la alienación.** Joseph Gabel
- 40 **Alcachofas de Bruselas (viejas y nuevas).** Yves Le Manach
- 41 **Historia natural de la urbanización.** Lewis Mumford
- 42 **La formación de las necesidades.** Günter Anders
- 43 **La historia de un fumador de hachís.** Myslowitz-Braunschweig-Marsella
- 44 **Marx anarquista.** Maximilien Rubel y Louis Janover
- 45 **Problemática sociológica de la integración de los inmigrantes.** Antonio Pérez González
- 46 **Utopía antigua y revueltas campesinas en China.** Ngo Van
- 47 **Los viajes de Gulliver. Viaje a Laputa y Balnibarbi.** J. Swift
- 48 **Espartaco y la llamada revoluc. de los gladiadores.** G. Walter
- 49 **Mi itinerario intelectual o el excluido de la horda.** G. Gurvitch
- 46 **Utopía antigua y rev. campesinas en China.** Ngo Van
- 47 **Los viajes de Gulliver. Viaje a Laputa.** Jonathan Swift
- 48 **Espartaco y la llamada rev. de los gladiadores.** G. Walter
- 49 **Mi itinerario intelectual o El excluido de la horda.** G. Gutwitch
- 50 **La corrida de toros en Madrid.** E. Coeurderoy
- 51 **La servidumbre voluntaria. Un estudio...** André May
- 52 **Espejos.** Pierre Mabille
- 53 **Una sublevación proletaria en la Florencia del s. XIV.** N. Maquiavelo / S. Weil
- 54 **Crisis de los Media.** P. Watkins
- 55 **Más allá del marxismo... Bruno Rizzi.** Paolo Sensini
- 56 **Los cazadores de estrellas.** Claudio Albertani
- 57 **Del nuevo mundo y otros escritos.** Pierre Mabille
- 58 **Reflexiones sobre el progreso técnico.** Jacques Ellul
- 59 **Los antepasados del hombre.** Sadeq Hedayat